

EN LA FIESTA DE LA INMACULADA CONCEPCION DE MARIA

SERMON 1º

(NOTA: A.ROBLES SIERRA-V.T.GÓMEZ GARCÍA, *Sermones inéditos de san Luis Bertrán en torno a la Virgen*, en *Escritos del Vedat*, II, 1972, pp.431-435)

«Una mujer, de entre la turba, exclamó y le dijo a Jesús: “¡Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te criaron!”» Lucas 7,27

1.- En este evangelio nos muestra el Espíritu Santo cómo Dios tiene cuidado en devolver la honra a los suyos cuando se hallan en las mayores dificultades y aprietos. Sépanlo los concejos, y los príncipes de los fariseos, etc. Canonízalo aquí Marcela, según algunos, una pobre mujercita criada de santa Marta (NOTA: Cfr. SANTIAGO DE VORÁGINE, *Leyenda aurea*, «Vida de Santa Marta»), que en este evangelio le echa la buena ventura a la Madre de Jesús, cuya concepción celebramos, la cual por particularísimo favor y privilegio del cielo se escapó del sambenito del pecado original que todos tuvimos. Con el divino favor trataré de esto, invocando primero a la Reina de los ángeles y diciéndole: *Ave Maria*.

2.- Cuenta el divino evangelista en este capítulo que ahora comentamos que, venciendo el Hijo de Dios con su potencia la tiranía del demonio, sanó a un hombre endemoniado, al que tenía poseído, impedida la lengua y los oídos, y que, por tanto, era sordo y mudo. Este milagro fue tan insigne que puso en admiración a la gente que seguía a Cristo, pues *en cuanto expulsó al demonio, habló el mudo, y las gentes quedaron admiradas. Pero algunos de ellos dijeron: “Arroja a los demonios con el poder de Beelzebul, el príncipe de los demonios”* (Lc. 11, 14-15). Como véis, unos se admiraron, y otros murmuraron. Esta es la ley y costumbre del mundo, que no puede salir a la plaza una cosa, por acabada que sea, sin que despierte en seguida diversas opiniones y pareceres. A unos agrada, a otros descontenta. Unos dirán que es obra de Dios, otros dirán que es obra de Satanás. Por eso, quien no hubiere dado al través con el ídolo del que dirán, no hará cosa en su vida buena ni acertada. ¡Cuántas veces propone Dios a tu alma cosas necesarias para su remedio, como que te recojas, que te calles, que disimules, que sufras, que te midas el tiempo y tus posibilidades, y todo lo dejas por el que dirán! Si sufro, tenerme han por cobarde; si sirvo, por hombre de poca calidad; si no compro media docena de caballos y jaeces, y juego lo que no tengo, por malaventurado. ¿Qué dirán?... Lo que dijeron de Cristo: unos que era obra de Dios; otros que del diablo.

3.- Pues, hermanos, que digan de vosotros lo que quisieren. Que el blanco de vuestras obras sea Dios; que él responderá por vosotros, y os sacará de la vergüenza por medios del todo peregrinos y extranjeros a la prudencia de la carne. Dice el Salmista: *Tú aborreces a los que se pagan de supersticiones inútiles. Mas yo tengo puesta en el Señor mi esperanza. En tu misericordia me regocijaré y saltaré de gozo, porque te dignaste volver los ojos a mi humildad y abatimiento, y sacaste de apuros a mi alma, y no me dejaste encerrado en manos del enemigo* (Sal 30, 7-9). Por una parte, Dios aborrece a los que sólo se fijan en puntillas y vanísimas vanidades, y andan al retortoreo a causa de los cumplimientos vanísimos del mundo, como son: los que ponen su honra y hacienda y vida en discutir por un asiento preferente, por un lugar destacado, por una palabra honorífica o por unos intereses; y también los que andan aperreados por llevar un sayo de seda, y por dar a sus mujeres vestidos bien gandujados y recamados para casar a sus hijas con nobles caballeros, cuando, a decir verdad, muy bien podrían andar a placer si se vistiesen de paño, y así casar a sus hijas con caballeros de igual condición. Por otra parte, afirmaba David: *Yo me regocijaré en tu misericordia y saltaré de gozo, porque te dignaste volver los ojos a mi humildad y sacaste de apuros a mi alma*, esto es, me sacaste de la malaventura y del poder de mis enemigos, tanto si ando a pie o a caballo, solo o acompañado, bien vestido o mal vestido, etc., y me pusiste en el camino por donde puedo vivir a mi placer. No hay quien menos al mundo satisfaga, que los que pretenden cumplir con él; ni puede ganar

mayor honra ante el mundo que quien lo menosprecia por Dios, porque entonces es cuando de verdad vuelve las cosas del mundo hacia él.

4.- Los príncipes de los sacerdotes llaman al Hijo de Dios encantador, y mago, y hombre que tiene pacto con el demonio, con Beelzebul. Corre gran peligro su honra y está como más desesperado el remedio. Y entonces es cuando remedia Dios la situación con la intervención de una mujer: *Una mujer, de entre la turba, exclamó y dijo: "¡Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te criaron!"* (Lc 11,27). Allí provee Dios de una mujercita que pregone y publique su bondad. Allí vuelve por la honra de su Hijo, para que tú no desconfíes, para que sepas confiar a Dios todas tus extremas necesidades, pues donde falta el remedio y el socorro humano, allí entra el divino. Estás cargado de hijos y de hijas, eres pobre, eres viuda, tienes poca salud y dices: «¿Cómo los criaré, cómo los pondré en estado, cómo los casaré?...» Es decir, te ves vencido por tus inclinaciones, tienes avasallada la razón por la sensualidad, estás mal habituado y perdido. Si te piden juego, has de jugar y no sabes rehuir. Si quieren que comas, has de comer; si quieren que bebas, has de beber; y si quieren que pasees, has de pasear, etc. Al fin el mundo se sale con lo que quiere. No sabes cómo vencer las tentaciones. Te ves metido en una deuda, y perdida tu hacienda y tu caudal, y no sabes cómo pagar. Pues, hermano, desconfía de ti, y fíate de Dios, que él casará tus hijas, y pagará tus deudas, y enmendará tus costumbres porque pusiste tu esperanza en él. Dice el Salmista: *La salvación de los justos viene del Señor, y él es su protector en el tiempo de la tribulación* (Sal 36,39). Es decir, que la salud y el remedio tiénelo el justo, de quien solamente él se lo puede dar, esto es, de Dios. Por eso dice David, que *él es su protector en el tiempo de la tribulación*. En la tribulación, esto es, cuando se ve con la soga a la garganta, cuando le falten todos los socorros e industrias humanas. Y así a Cristo, estando en la cruz, no le falta a esa hora siquiera un ladrón que le consuele y reconozca, ni un centurión que lo alabe, ni un José de Arimatea que lo entierre. Y es que, como añade el Salmista: *El Señor ayudará a los justos y los librará, y los sacará de las manos de los pecadores, y salvarlos ha, porque pusieron en él su confianza* (ibid. 40). ¿Quién dijera que, cuando los príncipes de los sacerdotes blasfemaban contra Cristo, lo canonizara y alabara a voz en grito una mujercita delante de todo el mundo?... ¿Quién podría decirlo?... Sólo Dios, que suele socorrer y volver por la honra de los suyos.

5.- No tuvieron los filisteos mayor enemigo en esta vida que a David. Él fue quien entró en contienda con Goliat, y con gran afrenta de su nación, y yendo sin armas, al simple tiro de una honda, dio con él en el suelo de una pedrada, y con su misma espada le cortó la cabeza a la vista de entrambos campos de batalla (cfr. 1 R 17,48-54). ¿No fue él quien venció y desbarató a los ejércitos de los filisteos en muchas batallas?... ¿No les ganó muchas villas y ciudades, siendo capitán de Saúl?... Pues quien dijera a Saúl que los filisteos habían de ser quienes salvaran la vida a David, no iría bien encaminado al parecer, y sin embargo así fue. Pues, cuando por aviso de los de Zif, como cuenta el Espíritu Santo (cfr. 1 R 23,26), Saúl cercó a David en el desierto de Maón en torno a una peña tallada a modo de corona que le cerraba el paso, y Saúl iba contra él con su campamento por un lado, y David con sus compañeros por el otro, y sin esperanza de poderse escapar, ya que Saúl lo tenía en las manos, llegó un correo a gran prisa diciendo: *Ven a toda prisa, Saúl, que los filisteos han hecho una irrupción en el país* (ibid. 27). Déjate de perseguir a David, que otro negocio hay más arduo en que ocuparse, como son los filisteos. ¿Y los filisteos salvaron la vida a David?... Pues sí, porque era obra de Dios. Pues en nuestro evangelio, ¿no fue también obra de Dios el que a Nicodemo, por la prudencia de la carne, se le secara la boca y callase, y el que José de Arimatea se diera una puntada en los labios, y se callara también, ante las acusaciones de los príncipes de los judíos?... ¿Quién dijera que iba a ser una moza de a cántaro la que se atreviera a salir en defensa de la honra de Jesucristo, y a voces alabarlo?... Cristo no se cuidaba de esto; lo dejaba al consejo humano. Pero esto lo hizo el poder divino, implícita e interpretativamente. Si el rey le diera una tenencia a mi padre, y él, entregándola a los moros, cometiera una alevosía y una traición contra el rey, yo que soy su hijo, ¿no quedaría también por traidor?... Pues lo mismo en nuestro caso, quienes callaron ante las acusaciones de los judíos fueron traidores a Cristo.

6.- Por otra parte, si de Méjico enviasen a España a dos procuradores, con sus respectivos poderes, ¿lo que éstos hiciesen y quisiesen, no podría decirse que lo hacían y querían todos?... Pues de

la misma manera que los procuradores hacen las veces de la ciudad, eso mismo hizo Adán respecto de toda naturaleza humana. Por tanto, si todos los hombres cayeron en el pecado, ¿cómo se escapó la Virgen?... ¡Por particular privilegio!. Si ella hubiera tenido que ir a la cárcel, hubiera sido esclava de Satanás, como el resto de la humanidad. Pero ser Madre de Dios y esclava de Satanás no concuerdan bien entre sí. Y lo mismo, ser arca de reconciliación entre Dios y el hombre, y estar construida de madera podrida, tampoco lleva buen camino, pues lo típico de la madera de Setím es que no pueda pudrirse jamás. Quizás me diréis: «Bien veo yo lo que estáis diciendo y que eso no lleva lógica. Pero tampoco la lleva el que su delito merezca la cárcel, y que Dios no le aplique su justicia». A ello respondo, que es verdad lo que decís, que por ley común la merecía. Pero sacóla Dios de esa cárcel. En realidad fue el Hijo quien sacó, como en hipoteca y en fianza, la carne que tomó de sus purísimas entrañas, por lo que luego él mismo pagará en la cruz. ¿Veis el precio de su sangre?... ¿Veis el tesoro de su dolorosa muerte y de su cruelísima pasión?... Es que así pagó por todos y con ello ganó nuestra libertad.

7.- Pues si tanta es vuestra limpieza, purísima Virgen, con razón dice esta mujer: *¡Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te criaron!* (Lc 11,27). Si el pecado original viene por propagación, mi padre no lo tuvo cuando me engendró. ¿Cómo lo heredé?... Porque el pecado tenía la carne de su propia cosecha. Pero la limpieza de tu padre no era propia suya, sino don de Dios. Cuando el labrador siembra limpio grano, de muy escogido trigo, ¿lleva paja, lleva raspa, lleva tamo?... No. Pues, ¿cómo nace con ello?... Porque esa limpieza la da solamente el arte y no la naturaleza. Pues lo mismo, la limpieza de la culpa no es natural sino divina, es don de Dios.

8.- *Pero Cristo contestó: Dichosos, más bien, los que oyen la palabra de Dios y la cumplen* (Lc 11,28). Cristo no enmienda lo dicho por la mujer. Utiliza una conjunción griega, con la cual ni niega ni afirma, sino que infiere lo que es más cierto. Es como si le dijera: «Bien está eso, pero si tu quieres saber cuál es el más cierto camino de la bienaventuranza, escucha: *Dichosos los que oyen la palabra de Dios y la cumplen*». ¡La bienaventuranza! Ya hemos dicho otras veces que no siempre en las divinas letras se dice sólo lo que esencialmente la constituye, sino también lo que es camino o conduce hacia ella. El verdadero camino del cielo es creer y obrar; fe y obras. Pues como afirma el apóstol Santiago: *La fe sin obras está muerta* (St 2,26). Los cuatro animales que vio Ezequiel en torno al edificio cuadrado de evangelio, que es el más fiel que se halla de la arquitectura del cielo, dice que tenían manos debajo de las alas: *Debajo de sus alas, a los cuatro lados, había manos de hombre* (Ez 1,8). Porque con la fe que es como la pluma que levanta el entendimiento a las cosas del cielo, son menester además las manos, esto es, las obras. Como afirma san Pablo: *No son justos delante de Dios los que oyen la Ley, sino los que la cumplen; éstos son los que serán justificados* (Rm 2,13). Bien podía Dios llevarte al cielo de mogollón y de balde, sin poner tú nada de tu parte. Pero ni lo quiso hacer, ni fuera justo hacerlo, pues te puso una ley, y te dio libertad y te sana para cumplirla. Muy poco es lo que tú pones de tu parte. Sólo el corazón te pide Dios, y una aficionada y determinada voluntad, y con eso se contenta. Cuando los hijos de Israel llegaron a Jericó, ciudad muy fuerte y bien amurallada, parecióles inexpugnable (cfr. Jos 6). Por mandato de Dios, Josué la rodeó durante seis días con todo su campamento, cada día una vez, y en silencio. No quería Dios estruendos ni tráfagos. Y el séptimo día, después de haberla rodeado siete veces callando, le mandó Dios que los sacerdotes tocasen la alarma mediante las trompetas consagradas, y que levantasen o diesen todos un gran alarido, nada más sonar las trompetas. Y nada más dar el grito de Santiago la gente, cayóse toda la muralla por el suelo, y a fuego y sangre fue destruida la ciudad... Pero, ¡Señor!, si sólo vos hacéis la guerra, si lo ponéis todo de vuestra parte, ¿para qué tantos rodeos y vueltas a la ciudad?... Para consolación e instrucción tuya, cristiano, pues aunque él podría salvarte por su cuenta, quiere que oigas y guardes la ley divina, y sin esto él no te salvará. Así podrás entender que aunque él podía, con sola su voluntad, destruir a Jericó, quiere que siquiera la pasees, y le ayudes con un grito. Él derriba la muralla, él te da el favor y la gracia, y también te dará la gloria *a la cual nos conduzca por nuestro Señor Jesucristo. Amén.*